

ALINA NOT

Nosotros,
con buena
suerte

Trilogía Azar III

CROSS
BOOKS

ALINA NOT

Nosotros
con buena
suerte



Trilogía Azar III

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: María Pascual Alonso, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29211-1
Depósito legal: B. 12.453-2024
Impreso en España

Canciones del interior:

Pág. 396: *Hungry Eyes* © Sony/atv Tunes Llc, Knockout Music, R. U. Cyrius Publishing, Knockout Music Company, R. U. Cyrius Publishing, 1987. Creada por Franke Previte / John Denicola e interpretada por Eric Carmen.

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Un año más tarde

La muerte es gélida. Como cuando un hielo punzante se te clava entre los ojos al tomar algo muy frío de golpe. Puede hacer calor fuera y, aun así, seguirás sintiendo que no hay manera de templarte por dentro. No sé si eso alguna vez desaparece o si, por el contrario, simplemente nos acostumbramos a la nueva sensación térmica que llevamos bajo la piel. Por eso sudaba en el traje, a pleno sol en el cementerio, y, sin embargo, un escalofrío me recorrió la columna cuando tomé su mano entre las mías y el frío se transfirió entre nuestros dedos. Me miró solo un segundo, cambió el peso del cuerpo de pierna y se recostó con delicadeza contra mi costado.

No podía ni imaginarme cómo se estaría sintiendo ella. Si hubiera tenido que apostar habría soltado tres palabras con las que probablemente ni me acercaría a describirlo: destrozada, vacía y helada. Y lo único que yo podía hacer era permanecer plantado a su lado y compartir el frío, por si así resultaba más llevadero.

Había venido mucha gente. Mi familia, respetuosos y en silencio en un rincón. Sus vecinos, todos los que lo habían conocido y apreciado. Incluso Matt y Oscar estaban en un

segundo plano, bien vestidos y con gesto solemne. Sí, la muerte también era eso: reconciliadora. Por eso Oscar ya no hablaba mal de ella, ni siquiera bromeando, y hasta le había dado un abrazo en la puerta de la pequeña iglesia de su barrio.

Hacía un año, Carol y yo estábamos en estado de espera, dejando pasar los minutos mientras atendíamos a nuestras responsabilidades con las personas que más queríamos en el mundo y rascando segundos para encontrarnos y aprovechar ese espacio en el que estaba permitido admitir que no éramos tan fuertes. Ahora mi padre iba a nadar dos veces por semana y jugaba al tenis con sus amigos, y el suyo... Al suyo lo metían despacio en un nicho de piedra glacial.

Pensé en Beth de forma repentina e inesperada mientras sellaban la losa, aún sin placa conmemorativa, y esquirlas de hielo rodaron tras mis costillas. Me la imaginé entonces, cuando aún quedaba tanto para encontrarnos, con dieciséis años y oscuridad en la mirada. Sin sonrisa y sin brillo. En el momento en que murieron todas sus mariposas. Me dolió como dolía antes, como cuando se fue y se llevó con ella mis dibujos y toda esa esperanza que había prometido devolverme. Sin embargo, seguía habiendo algo cálido en el recuerdo. En la sonrisa y las canciones. En unos ojos azules infinitos que iba a llevar para siempre tatuados en el corazón. Había pasado un año entero desde la última vez que la vi. Y cada vez era más nostalgia y menos llama prendida en el pecho. Debía ser así.

La muerte es gélida y tienes que acostumbrarte al frío si quieres seguir viviendo. Lo mismo pasa con el desamor. Las lágrimas acaban por regar sonrisas y tienes que hacerte a la idea de que entregaste una parte de ti sin posibilidad de reclamar. Atesoras lo bueno que viviste. Encierras lo malo bajo

llave. Y luego haces hueco para poder construirte esperanza.
A eso lo llaman olvidar, supongo.

A pesar de que, como a aquellos a los que ya solo nos queda llevar flores, cuando has amado de verdad nunca olvidas.

1

La vuelta a casa

Beth

Miro los números que refleja el panel del salpicadero del viejo coche de Noah y suelto un resoplido. Voy a perder el vuelo. Seguro. Hace cinco minutos ya que se ha cerrado la facturación. La culpa es mía, en realidad. A veces me olvido de que «Caos» no solo es un apodo cariñoso.

—Debería haber pillado un taxi —me lamento entre dientes.

—¡Eh! Te dije que te traería yo.

—Me dijiste que me traerías *a tiempo*.

—Se me ha complicado el desayuno.

—Se te ha complicado el monitor de *body combat* que tenías entre las sábanas.

Suelta una risita desvergonzada. No sé de qué me sorprende. En el año que hace desde que somos amigos me ha dado tiempo a conocerlo bien y no tenía dudas de que esto podía llegar a pasar. Sobre todo, porque la complicación entre sus sábanas a primera hora de la mañana he sido yo en más ocasiones de las que puedo contar con los dedos de las manos.

—Te dije que me apuntaba al gimnasio para ponerme en forma, no especificué el tipo de ejercicio al que iba a dedicarme.

—Me lo pude imaginar desde el principio.

Se ríe un poco más, y luego hace una maniobra brusca para esquivar un coche que quiere incorporarse al carril y para de cualquier manera unos metros más adelante, en la puerta de la terminal de salidas del aeropuerto de Newark.

—Te voy a echar de menos, Beth.

Lo miro a los ojos en el momento en que apaga el motor.

—Ojalá tuviera tiempo para despedidas, Caos —digo con falso dramatismo.

—¡Mierda! ¡Sí! ¡Vamos! ¡Pilla la bolsa, te llevo la maleta!

Salimos de forma apresurada y cada uno nos encargamos de una parte del equipaje. Voy riéndome mientras me esfuerzo por seguir el ritmo de sus largas zancadas. Pide perdón cada dos segundos porque no para de atropellar a gente en la carrera. Yo también voy a echarlo mucho de menos.

—¡Te van a poner una multa! —le advierto cuando está a punto de alcanzar el mostrador de facturación.

—Te reclamaré el dinero cuando me llegue —bromea.

Suelta la maleta sobre la cinta de equipajes y apoya las manos en el mostrador. Intento recuperar el aliento cuando llego a su lado. Él no parece fatigado en absoluto, a lo mejor debería copiarle esa manera de ponerse en forma de la que presume.

—Perdón, disculpa..., Heather —habla con la chica que hay al otro lado, tras leer la placa que lleva en la blusa—. Es posible que lleguemos tarde, pero mi amiga necesita coger ese avión y esta es su maleta. Es cuestión de vida o muerte. —Ella alza una ceja, incrédula, aunque creo que está intrigada y divertida, también. Es un efecto que Noah suele produ-

cir—. Este vuelo es su última oportunidad de impedir una boda que no debe celebrarse.

—¿Por qué no debe celebrarse? —le sigue el juego Heather, con los brazos en jarras.

—¡Porque quien debería ocupar el lugar de la novia está aquí!

Suelto un bufido bajito. Será buen músico, pero como actor es un desastre. Por supuesto, se le da de pena la improvisación. Infinitamente peor que a mí. Pero la chica se ríe, sacude la cabeza y extiende la mano con la palma hacia arriba como forma de pedirme el billete. Lo saco rápido y se lo doy. Noah se gira y me guiña un ojo, como si de verdad creyera que esto lo ha conseguido su patético teatrillo.

Me sigue hasta el control de seguridad y hace cola a mi lado con una sonrisa orgullosa hasta que ya no puede ir más allá. Dejo el equipaje de mano en el escáner y me vuelvo para darle un abrazo rápido.

—Gracias por traerme.

—Ahora todo es «gracias por traerme» y no «qué poca vergüenza tienes, Chaos», ya veo cómo cambia la historia cuando las cosas salen como tú quieres.

—No tienes ni una pizca de vergüenza, Chaos, pero me gustas así.

Se ríe. Deja un beso breve en mi frente.

—Llámame, ¿vale? Que tengas buen viaje.

Le sonrío con aire triste. Me da mucha pena no ir a verlo casi a diario.

—Pórtate bien. Y tienes que venir a verme, ¿eh? Estás invitado siempre que quieras. Lydia protestará un poco, pero así es más divertido.

—Por supuesto. No perdería la oportunidad de volver a ver a Sam y a Oscar.

—Sobre todo a Oscar.

Dibuja una sonrisa pícaro. Lleva preguntando por Oscar demasiado a menudo desde que Samira y él estuvieron aquí de visita en fin de año. Han pasado ocho meses y aún no lo ha olvidado. Y creo que Oscar tampoco. Fue un detalle que controlaran esa tensión sexual que flotaba entre los dos, porque por entonces Noah y yo aún nos acostábamos esporádicamente y habría sido un poco raro. Ahora no puedo parar de pensar en la buena pareja que harían.

Un carraspeo a mi espalda me mete prisa. Creo que estoy retrasando al resto de los pasajeros que quieren acceder al otro lado del control de seguridad. Noah me da un empujoncito juguetón.

—Venga, lárgate.

Le sonrío por última vez. No me imagino cómo habría sido todo este último año sin él. Sin duda, mucho más aburrido.

Paso por el detector de metales y recojo el equipaje de mano al otro lado. Me vuelvo una sola vez a mirar atrás. Mi amigo levanta la mano a modo de despedida.

—¡Te quiero! —grita sin ningún reparo ni vergüenza.

Se me escapa una risita entre todas las ganas de llorar que se me amontonan tras los párpados.

—¡Te quiero! —le grito también.

Luego me cuelgo el bolso al hombro, cargo con el resto de mis cosas y recorro los recovecos del aeropuerto a toda prisa hasta dar con la puerta de embarque.

He pasado un año y casi tres meses en Nueva York. Y me siento muy distinta a la chica que era cuando llegué. Hay algunos cambios evidentes, como el hecho de que ahora sé conducir y me gusta hacerlo, ya no me vence la ansiedad en la carretera y he conseguido un certificado con mención especial al haber terminado el curso avanzado de Teatro de la universidad. Y luego están las cosas que llevo por dentro y

no comparto en voz alta, pero que me hacen sentir mucho más orgullosa: ya no estoy perdida. Me he reconciliado conmigo misma. Tengo el control de mi vida.

Nunca me había sentido mejor.

Me acomodo en el asiento junto a la ventanilla. Es entonces cuando me invade una sensación cálida que se enreda con la melancolía de abandonar el lugar donde he crecido y sido feliz el último año: ahora vuelvo a casa. Dejo cosas aquí, pero allí me esperan unas cuantas con las que estoy deseando reencontrarme. Cuando me fui no entraba en mis planes no volver en todo este tiempo. Pensé que haría una visita a casa a mitad de curso, o quizá en Navidad. Me olvidé de que esto es Nueva York y todo el mundo iba a querer venir a verme, no que yo fuera a verlos a ellos. Sam y Lydia vinieron juntas en tres ocasiones: para celebrar mi cumpleaños, en las vacaciones de primavera y a principios de verano. Mi madre y Rafael me visitaron en Navidad y por eso yo no volví a casa para los días festivos. Y en fin de año, Samira y Oscar se presentaron en mi puerta dispuestos a quemar la ciudad conmigo; Lydia y Matteo no pudieron librarse de la fiesta anual de los Rivera a la que Matt, esta vez, acudió como novio *de verdad*. Ben me hizo compañía el día en que se cumplieron cinco años desde el accidente, y fuimos a ver *El fantasma de la ópera* en Broadway. Fue catártico en cierto modo, y tuvo todo el sentido que fuera él quien estuviera a mi lado. Quizá por eso ahora es él la primera persona a la que quiero ver en cuanto aterrice.

Vines es el único al que he avisado de que llego hoy. Mis amigas creen que vuelvo la semana que viene. Espero que la sorpresa sea buena y no descubra al llegar que han transformado mi cuarto en su nuevo gimnasio, o algo parecido. Ya tengo ganas de verlas.

El viaje es largo y no puedo dormir. Me entretengo con

una de esas películas que ofrece la compañía aérea para que los pasajeros no den demasiado trabajo al personal de cabina.

Se me aceleran los latidos cuando el aviso por megafonía informa de que quedan quince minutos para aterrizar.

La impaciencia crece mientras espero a que nos dejen bajar del avión y luego cuando me toca esperar a un lado de la cinta de equipajes para recuperar la maleta. Aprovecho para enviar un mensaje de audio a Noah y avisarle de que he aterrizado, para escribir a mis compañeras de la residencia de Nueva York y para llamar a mi madre. Cuando vuelgo, tengo un mensaje nuevo de Ben: una foto de la puerta de la terminal de llegadas por la que ya debería estar saliendo yo. Arrastro el equipaje a toda velocidad cuando por fin lo tengo todo conmigo. Hay mucha gente esperando al otro lado, pero lo veo enseguida. Lleva una camiseta negra y gafas de sol. Gafas de sol dentro del aeropuerto, en serio, es insoporrible. Sonríe cuando me ve, de verdad y con todo, no solo con los ojos, que deben de estar brillando escondidos tras los cristales oscuros. Y a mí se me escapa la sonrisa y me olvido de las cosas con las que cargo, las abandono y corro hasta él para saltarle encima. Se ríe, ahogado por la presión de mis brazos en el cuello, y me estrecha con fuerza por unos segundos.

—Cuidado, aspirante, cualquiera podría pensar que hasta te caigo bien.

Se quita las gafas de sol cuando me aparto y lo miro a la cara. Arrugo la nariz en una mueca.

—Qué equivocados estarían.

Los dos sonreímos al mismo tiempo. Y esto solo es un aeropuerto, pero ya siento que he llegado a casa. En su ironía. En su sonrisa. En sus ojos.

Mi alma gemela. No podríamos ser más diferentes y, aun con todo, latimos igual.

De alguna extraña y enredada manera no ha terminado siendo lo que esperaba, pero es tanto que no lo cambiaría por ninguna otra cosa.

—¿Tienes hambre? —pregunta mientras recupera mi maleta más grande—. Hay un tailandés nuevo que tienes que probar.

Alzo una ceja y cargo con el equipaje de mano para caminar a su lado hacia la salida.

—¿Tú has salido a comer a un restaurante? ¿Con gente? ¿Por propia voluntad?

Suelta un resoplido molesto al recordar el momento en que tuvo que socializar arrastrado por las circunstancias. Apuesto a que hasta le dolió.

—Era el cumpleaños de Nico. Rebeca me obligó.

Me río y acelero el paso para no quedarme atrás.

—Seguro que ya están planeando tu fiesta de despedida —me burlo, pero me da un pequeño pinchazo tras las costillas cuando pienso que en solo unos meses se marchará de vuelta a Londres.

—Están todos supercontentos por mí —ironiza.

Ya. «Supercontentos» porque se va el mayor engreído del grupo. En el fondo, sé que no es así. A Vines se le coge cariño y desde que consiguió la beca ha relajado la vena competitiva que le hacía ser un grano en el culo. Sigue siendo un poco capullo, claro, pero es nuestro capullo y sé que todo el grupo lo echará de menos cuando se vaya.

Encajamos todo en el maletero de su coche y me monto enseguida en el asiento del acompañante. Me mira de medio lado cuando se acomoda tras el volante.

—¿Todo bien? —intenta asegurarse.

Hago una mueca de irritante superioridad. Él ya sabe que los coches han dejado de ser un problema... casi del todo.

—¿Puedo conducir yo?

Se le escapa una sonrisa de medio lado.

—Otro día, Walls.

—Otro día.

—Te he echado de menos, ¿sabes?

Lo miro a los ojos. Asiento.

—Lo sé.

Y no hace falta que yo diga lo mismo en voz alta. Los dos sabemos que, entre nosotros, es más fácil entendernos en silencios compartidos.

Es casi media tarde cuando Ben me deja en el portal de la casa de los Rivera que durante todo el primer año de universidad se convirtió en mucho más que eso y pasó a ser un hogar. Me ayuda a llevar las maletas hasta el ascensor y nos despedimos con un abrazo mientras me esfuerzo por mantener la puerta abierta y que no me robe mis cosas ningún vecino.

—Tienes que pasar a hablar con Sofía para lo de la beca, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco y él frunce los labios.

—Sí, señor.

Suelta un suspiro cargado de malas intenciones.

—Ese es un juego que deberíamos haber jugado el año pasado en otras circunstancias, aspirante.

Le doy un empujón con la cadera para apartarlo y se ríe con ganas.

—Lárgate.

Me guiña un ojo.

—¿Nos vemos mañana?

Le sonrío con cariño.

—Claro. Gracias por recogerme, por traerme y por la comida.

—Te has vuelto muy educada en Nueva York. No sé si me gusta, Walls.

Le dedico un bufido y los ojos le brillan divertidos.

—Piérdete.

—Eso está mejor.

Tengo que luchar por controlar la sonrisa incluso cuando ya se ha ido y yo subo en el ascensor. El estómago me burbujea en una sensación de emocionada anticipación. Me enfrento a la puerta de entrada haciendo equilibrios con el equipaje para poder encajar la llave en la cerradura. Todo está igual y, sin embargo, lo siento renovado. Nada ha cambiado, excepto yo.

La puerta está cerrada con llave, lo que significa que, como esperaba, Lydia y Sam no están en casa. Me quedo parada en la entrada en cuanto consigo meter todo y cerrar. Miro alrededor. Todo sigue tal y como lo recordaba. Y siento que, de nuevo, estoy donde tengo que estar. La vida son etapas y Nueva York ha sido una bonita, provechosa e importante. Pero mi vida, la de verdad, la que me toca vivir —y tengo muchas ganas de hacerlo—, está aquí. Con ellas. Con Ben por el tiempo que aún le queda en la ciudad. Con Oscar y con Matteo. Y supongo que también con *él*.

No hay ni rastro de los gatos y, aunque siento una punzada de nostalgia porque antes siempre salían a recibirme al llegar, entiendo que hace demasiado que no me ven y vamos a tener que volver a hacernos amigos poco a poco. A lo mejor con ese chico que una vez fue todo y hace tiempo que dejó de arañarme con tanta fuerza los pensamientos pasa lo mismo. Tendremos que volver a reencontrarnos. Y, por fin, ser amigos, ahora que ha dejado de doler.

Hago un par de viajes para despejar la entrada y dejarlo todo en mi cuarto. Está vacío y solitario, como si nadie hubiera entrado aquí desde que me fui. Sé que lo han hecho, porque todo está limpio y porque en alguna ocasión he recibido fotos de Oscar ocupándome la cama cuando una cena

se les iba de las manos y acababa borracho sin ganas de volver hasta su casa. Su nueva casa. Ese piso que alquilaron para los tres y *Ouija* cuando yo ya me había ido. Solo lo he visto en fotos. No termino de hacerme a la idea de cómo es de verdad.

Oigo el maullido primero. Dejo lo que tengo entre las manos y me siento en el suelo para esperar. En solo unos segundos *Runa* aparece en el umbral de la puerta y me mira con desconfianza.

—Hola, chica.

Estiro la mano para que pueda acercarse a olerme y lo hace despacio, con prudencia. No tarda nada en empezar a ronronear y restregar la cabeza contra mi palma. Se me llenan los ojos de lágrimas y sonrío. A lo mejor no se había olvidado de mí del todo, ¿verdad? La acaricio y le hablo con cariño, hasta que alcanza la confianza suficiente para subirse a mi regazo. Y entonces entra *Tarot*. Está enorme. Ya es más grande que su madre, aunque sigue teniendo cara de gatito. Me pregunto si alguna vez eso cambiará.

—*Tarot*, pequeño, pero ¡cómo has crecido!

Trota hasta mí y se detiene a unos centímetros. No duda demasiado antes de ponerse en marcha de nuevo y restregarse con mi rodilla.

El sonido de la puerta principal hace que los tres volvamos la cabeza.

—¿Por qué has dejado la puerta abierta? —oigo preguntar a Lydia desde la entrada.

—No he dejado la puerta abierta, he cerrado con llave —le responde Sam, indignada ante la acusación.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura?

—Segurísima.

—Qué raro... ¿Matt? —llama Lydia entonces.

Me pongo de pie. Los gatos salen al pasillo antes que yo.

Me asomo al umbral de la puerta cuando oigo los pasos de mis amigas adentrándose en la casa.

Se quedan paradas al verme. Intento mantenerme seria, pero se me escapa la sonrisa. Y entonces reaccionan las dos a la vez. Sueltan sendos grititos emocionados y corren para lanzarse sobre mí y abrazarme, con tanto ímpetu que las tres acabamos en el suelo entre risas.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cuándo has llegado?

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—¿Por qué no has llamado?

Apenas puedo hablar con sus cuerpos aplastándome contra el suelo de madera. *Runa* y *Tarot* trepan por la montaña que formamos y nos hacen reír un poco más. Rescato mi voz para poder hacer la pregunta que más me interesa:

—Lo primero y más importante, ¿desde cuándo tiene Matteo llaves de casa?

Lydia suelta un gruñido bajo y Sam una risita.

—Ay, Beth, tenemos demasiadas cosas de las que hablar —dice mi mejor amiga.

Se pone de pie y me tiende la mano. Lydia rueda sobre sí misma para quedar tendida de espaldas. La cojo de la mano en cuanto Sam me ha ayudado a levantarme. Quedamos frente a frente, y me vuelven a abrazar, Lydia en condiciones, Sam por la espalda y rodeándonos a las dos con los brazos.

—Te hemos echado mucho de menos —asegura Samira con la voz amortiguada contra mi hombro.

—Yo también —suspiro.

Lydia aprieta un poco más, pero no me quejo, aunque me dificulte la respiración. Este es justo el sitio donde *quiero* estar.

—Bienvenida a casa, Beth.